

COLECCIÓN
SETÚBAL

LA DISTANCIA NATURAL

•
VIRGINIA RINALDI



VERA editorial cartonera

LA DISTANCIA NATURAL



SETÚBAL

Como esa laguna que brilla bajo el sol del litoral, esta colección propone una serie de poetas que resplandecen.

LA DISTANCIA NATURAL

COLECCIÓN
SETÚBAL

VIRGINIA RINALDI



VERA editorial cartonera

COLECCIÓN **SETÚBAL**

dirigida por Santiago Venturini

La distancia natural / Virginia Rinaldi.
—1a ed.— Santa Fe: Universidad Nacional del
Litoral, 2020.

Libro digital, PDF— (Vera Cartonera / Setúbal; 7)
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-223-4

2. Poesía Argentina. I. Título.
CDD A861

© Santiago Venturini, 2020.

© de la editorial: Vera editorial cartonera, 2020.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

V

VERA editorial cartonera. Centro de Investigaciones
Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales
IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa Promoción
de la Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).



•

FOTOGRAFÍA: MARTÍN PRUVOST

Lo que nos conmueve

El campo que miramos termina sobre la ruta,
continúa su curso a pesar del cemento.
Desde arriba lo vemos desplegarse
como un mantel de hule pesado.
De norte a sur avanza con trigo
con molinos, con ganado.
Crece a pesar del esfuerzo de toda
una población por adoctrinarlo:
le planta postes donde
colgará una campana de escuela,
le pone nombre
lo señala
lo desmarca
lo bendice
lo hace a mano y
lo hace a máquina.
No se cansa de amarlo.
¿Creés que podremos
con tanto amor?

Costumbre

8 •

Íbamos por la ruta de las cuchillas.
A cada auto que pasábamos
lo devorábamos como un pacman:
esa era nuestra gloria.
Comimos unas galletas y pensamos
en esos bebederos abandonados:
ahora son puro dengue, musgo y renacuajos.
Las mutaciones de una especie,
como el amor de hace diez años,
no se detectan a simple vista.
Nos agarramos de las manos
están frías, como anestesiadas
y por momentos te siento latir alguna vena.
Qué suerte que no te acostumbraste
a esa práctica de parejas,
las manos tomadas
la mirada en el campo.
Ese palmar en el medio de la nada
parece un souvenir de fiesta.
Los árboles rebalsan de nidos
y nos miramos como sabiendo
que la vida tiene que seguir
su propio ritmo.

Adaptación

La perra te ve llorar sentada en el patio
los ojos no pueden más de astillados.
El cuerpo empezó
a romperse por partes
y vos no advertiste a los testigos.
Todos sobrevivientes.
Todos en una tribuna silbando
sobre un tejido oxidado.
Vamos preparando la máquina,
vamos agitando ideas de revolución
chiquitas, imaginás,
pero tienen que vencer a la ciencia.
Ya no nos queda tiempo para
empezar de nuevo.
Como un pájaro de verano
que se alimenta de mosquitos,
vos creés que chupa néctar.
Otra especie cede
al cambio de hábito.

Por las diagonales

10 •

Miro el cuadro sobre la estufa:
dos perros vestidos de novia.
Fauna, estás de moda.
Quiero destrozarte los sentidos
de la época
y que nos vayamos al campo
como antes,
cuando nos cruzábamos todo el tiempo
y me acompañabas mientras crecía.
Mirábamos juntas la leche
que emanabas en bidones
para los hijos del pueblo.
Fuimos haciendo
asociaciones con animales
autóctonos
a medida que pasaba de grado:
caseros, mosquitos
y el resto todo domesticado:
perros, gatos o hámsters.
Voy escuchándote, fauna,
a través de las paredes
cuando los vecinos
azotan las cucharas de madera
contra las ollas.
Campanadas de invierno y aleteos.
El despegue de pájaros
en alguna placita de barrio.

Doméstico

En un rincón de la ventana
se junta un poco de mugre
y un poco de agua con desinfectante.
Nada más exótico que
levantar la persiana
y que el aire huela
a tierra mojada con perfume
y otro poco a encierro de escuela.
Hay cosas que no podremos unir jamás:
olor a limpio sin ser limpio
y olor a viejo sin ser viejo.
Por atrás, en la calle, pasás vos
tranquilo, sereno, esperando
que suceda un milagro de verano.
Registro cada movimiento
entre las rejas.
Los fragmentos de tu parsimonia
me permiten poner
un orden de prioridad:
primero el árbol,
después vendrán
los recortes de piel.
Debajo de todo
una palabra nos recuerda
que nuestros hijos
son de otro mundo.

Oficio

12 •

Miramos la vaina ya abierta
hecha semillas, polvo
y su sonoridad entre los dedos
con la convicción de
reproducir una especie.
No tengas miedo de lo que vendrá:
olor a pasto quemado,
olor a leña cortada con la dedicación
de quien sabe usar
los espacios o el tiempo.
Tiempo y espacio viajan
a la velocidad del invierno:
tipo tres de la tarde
bajo el sol de julio
cortan pedazos de troncos
sin interrupciones.
Son todos casi idénticos,
restos de puentes entre los campos.
La sal y los chañares
alimentan a los hacheros
pero los ponen sedientos.
Las vainas que miramos
son detalles propios
de esta actividad económica
que nos alerta:
no hay agua en los alrededores.
Estas pocas gotas que bebemos
salen de la obra pública.

Entrenamiento

Los bordes de la madera lastiman
y rasgan la piel,
la ponen dura y áspera.
Las manos con cortes despejan la cara
en cada movimiento de oficio:
de atrás hacia adelante,
el pelo en un vaivén que nunca descansa.
A las astillas las absorben
los desprotegidos.
Se las llevan a sus casas como trofeos,
se las llevan a sus mujeres y hombres
para arrancárselas en la cama con destreza.
Después del trabajo les queda
el polvillo en la ropa última,
la que roza la espalda y la nuca.
También les queda el desgano y
unas marcas en los músculos
que trazan sus cuerpos fuertes.

Precauciones

14 •

Cada tanto volvemos a ese viaje
en el que caminamos mil kilómetros
llevando el termo como
un cristo esmaltado.
Cuidarlo de los pozos,
de los choques con los anillos
o la mochila.
Si rompíamos la tapa
le volábamos la cabeza.
Fuimos creyentes,
nos amábamos a nuestra manera.
Años más tarde
encontramos en la plaza del barrio
una bolsa negra con ropa nuestra
tirada sobre el césped.
Un buzo un pulóver y algunas remeras.
Me enternece pensar
en tu pulóver abajo del árbol.
Me entristece esa especie de placard
al aire libre,
como una feria de domingo.
Debajo de esa remera
descansaba un insecto
que reconoce el olor humano.
Nunca entendería
por qué pasamos a cada rato
por esa placita.



•

FOTOGRAFÍA: MARTÍN PRUVOST

La copa del paraíso

16 •

Te encontré en el campo
justo ahí donde crecen
las flores finitas,
esas que chupaba de chica.
Te vi parado inmóvil:
el desconcierto en la ropa.
Te encontré en el campo
o te llevé dormido.
Te acomodé el brazo
y me tiré al lado:
brazo con brazo
haciendo presión.
–No te asustes
voy a quitarte esos cardos
tipo abrojos,
uno por uno.
Voy a estirarte el pantalón
y llamar a tu casa,
ordenar las cosas
y mostrarte cómo
crecen los árboles acá.
Ni te imaginás lo bien
que nos quedan las sombras
arriba de las rodillas
haciendo formas como
de alguna bandera new age.
Entonces sí: nos miramos fijo
con los ojos brillosos
esperando sacar de la tierra
alguna conversación.

Patio de escuela

Un pájaro come migas
sobre una cubierta de auto hecha cantero.
El caucho y la pintura celeste
ornamentan el rincón bajo el árbol.
Un esfuerzo de estética del reciclado
alerta a la naturaleza:
crecerás sobre ruedas usadas
y colores patrios.
Verás lo que es brotar entre
conceptos de disciplina.
Una rama roza los cables de luz
y vos inmortalizás
la fuga con tu celular.
Allá arriba no llega el alimento humano.
Acá abajo la mano que despedaza
el pan lo entiende.
Cada que vez que se revelan
este tipo de verdades
corrés a contárselo a tu mascota.
Creés que es cosa de animales.

Al aire libre

18 •

Hoy estás hermoso
así todo prolijo con el pelo mojado.
Tanto, que se notan
las venas a la perfección.
Un camino sinuoso
si me concentro en el recorrido
de la vena más finita
que cambia de azul a verde.
Una señal intermitente:
me imagino el circuito de sangre oxigenada
y lo comparo con el ciclo del agua.
En primer plano
en tu cara transparente.
El sol siempre movió todo:
evaporación, lluvia, deshielo
y ese sangrado de nariz.

Cada vez que llueve

El perfume de la tormenta
entra por abajo
como una niebla.
Llega desde los desagües,
se estanca en los pisos
y vos olfatéas desesperada.

• 19

El radar persigue el
comportamiento de los vientos
y los califica: “intensos”.
Activamos las medidas de seguridad.
–Hoy vamos a tapar agujeros
para que no nos gane el agua.
–Vamos a perseguir la
dirección de la lluvia, juntos.

Nos resulta fácil encontrarnos
en este tipo de tarea
en la que cada uno hace de su
propia historia un esfuerzo:
con los brazos las piernas la espalda
o con todo eso junto.

Hasta el alambrado

20 •

Vimos a las vacas morir,
aprendimos a usar los patines
y a pedalear con las manos sueltas,
trepamos a la punta del álamo
para espiar a los grandes
que volvían del trabajo
en la fábrica de lácteos.
Hasta el alambrado se armaban
nuestras formas de la infancia.
¿Te acordás del día en que pusieron
la brea por primera vez?
La estiramos al rayo del sol
y armamos una fauna negra.
El primer corte de calle.
Así es como se arma una ciudad
pensábamos mirando
el asfalto nuevo,
un pavimento discreto.
El cemento nos envolvía
y nos imaginábamos frenándolo
a baldazos.

Remiendo

La cortina del consultorio tiene un sutil reborde.
Todo ahí, es hablar apretando ese dobladillo.
Como una máquina de pensamientos,
cada presión que disparo regula la cadena:
digo madre digo hija
digo la exageración de un efecto.
Nada escapa al tratamiento que hacen
mis dedos en el dobladillo.
Voy rasgándolo sesión a sesión.
Pienso en la industria textil de blancos
o en los hilos que desprenden los vegetales.
Pienso en alguien yendo a la mercería
a pedir cintas o puntillas para enmendar
las roturas como un gesto de amor:
“Deme algo para los bordes,
al menos salvar el largo”.
Entonces digo madre digo hija
digo la exageración de un oficio.

Nuestras lecturas

22 •

Tenemos el último número de la revista.
Lo leímos yendo al trabajo,
mientras mojábamos las hojas
con mugre de toda una sociedad.

Ahí conocimos al hombre de los dos espíritus
y le dibujamos accesorios a la foto de su rostro.
Uno de los espíritus es una enfermera.
Nos enseña a cuidar y a cazar.
Vos recordás que el amor
viaja desde lejos,
que una presa del monte
cae en la trampa
y que nada de eso alcanza.

Cuidar es otra cosa, cazar también.

Convivencia

Dejamos la cama tendida
como un detalle de nuestra infancia.

• 23

Lista para usarla de nuevo.
Le ponemos objetos como
si fuese un árbol de navidad:
libros, cuadernos, fotos,
estampitas, pañuelos, hebillas.

Toda sobrecargada, emperifollada,
si hasta le ponemos perfume.
Dormimos en este refugio
como en los brazos de una señora
que espera al médico.
Así, juntos,
sin cuestionar nuestras creencias.

ÍNDICE

7	Lo que nos conmueve
8	Costumbre
9	Adaptación
10	Por las diagonales
11	Doméstico
12	Oficio
13	Entrenamiento
14	Precauciones
16	La copa del paraíso
17	Patio de escuela
18	Al aire libre
19	Cada vez que llueve
20	Hasta el alambrado
21	Remiendo
22	Nuestras lecturas
23	Convivencia



-

VIRGINIA RINALDI

(Santa Fe, 1982) es Licenciada en Educación Especial. Se especializa en alfabetización inicial y es miembro del equipo Antena Santa Fe, perteneciente al Observatorio sobre Políticas del Autismo de la Federación Americana de Psicoanálisis (FAPOL). Actualmente trabaja en una escuela pública para jóvenes con discapacidad.

En 2011 publicó *Aunque sea*, en la editorial paranaense Ese otro que bien baila.



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

ENRIQUE MAMMARELLA

Rector

LAURA TARABELLA

Decana Facultad de Humanidades y Ciencias